

*De las imposturas a los “trucos de oficio”.
Reflexiones “metodológicas” desde la antropología
social (argentina)*

*From impostures to «tricks of the trade».
«Methodological» reflections from (Argentinean) social
anthropology*

GASTÓN JULIÁN GIL

CONICET - Universidad Nacional de Mar del Plata
gasgil@mdp.edu.ar (Argentina)

Recibido: 30.10 2017
Aceptado: 26.04.2018

El secreto culpable de la «clase» es que uno puede simular haber optado por mantenerse fuera del sistema de la «clase» y estar hablando desde algún punto de vista privilegiado exterior a él, mientras que, al mismo tiempo lo explota vigorosamente.

Philip Furbank, *Un placer inconfesable o la idea de clase social*

RESUMEN

El uso de «recetas» metodológicas y la apelación a diversas formas de corrección política en el estudio de diferentes colectivos constituyen tentaciones a las que suelen sucumbir una gran cantidad de científicos sociales. En este artículo, en primera instancia, se intenta desarrollar una revisión crítica de la manera en que operan algunos de esos lugares comunes de la investigación social, sostenidos en principios «metodológicos» como dogmas en abstracto. En la misma sintonía, también se describen, apelando a ejemplos de investigación, frecuentes imposturas de lo «correcto» que abundan en los discursos académicos, como ocurre en ocasiones con investigadores que se definen como «militantes» cuando estudian sectores subalternos. Por consiguiente, en este artículo se desarrollan algunos trucos de oficio, tal cual los definió el sociólogo Howard Becker, que cuestionan formalidades, tendencias y acuerdos implícitos en el quehacer científico-académico que no precisamente estimulan la creatividad. Los formularios que circulan en el sistema científico, la materias «metodológicas», las pautas de

evaluación de la producción académica y las imposturas intelectuales configuran una diversidad de situaciones que suelen promover cómodas rutinas vinculadas en mayor medida con la rigidez que con el rigor.

Si bien este texto está construido de manera prioritaria en perspectiva con el caso argentino, remite a prácticas que en mayor o menor medida están presentes en las diversas tradiciones científicas en las ciencias sociales. Este tipo de enfoques, guiados por la corrección política, usualmente derivan en evaluaciones asimétricas que sacrifican la creatividad para recostarse en cómodas rutinas que suelen ser celebradas en el medio académico. Por el contrario, otro tipo de apuestas académicas se enfrentan a la censuras de la «ciencia normal» que, en determinados contextos, van acompañados por un conjunto de juicios morales e ideológicos que pueden llegar a obturar la creatividad, la discusión abierta de ideas y la exploración de vacíos empíricos problemáticos.

PALABRAS CLAVE

Campos científicos; Corrección política; Reflexividad; Creatividad; Ciencias Sociales.

ABSTRACT

The use of methodological «recipes» and the appeal to various forms of political correctness in the study of different groups are temptations to which a large number of social scientists often embrace. In this article, we attempt to develop a critical revision of the way in which some of these common places of social research operate, based on «methodological» principles as dogmas in the abstract. In the same vein, we also describe, by appealing to research examples, frequent impostures of the «right» way that abound in academic discourses, as is sometimes the case with researchers who define themselves as «militants» when they study subaltern sectors. Consequently, in this paper some tricks are developed, as defined by the sociologist Howard Becker, who question formalities, tendencies and agreements implicit in the scientific-academic work that do not precisely stimulate creativity. The application forms that circulate in the scientific system, the «methodological» subjects, the guidelines for the evaluation of academic production and the intellectual impostures, configure a diversity of situations that often promote comfortable routines linked more to rigidity than rigor.

Although this text is constructed in perspective with the Argentine case, it refers to practices that are also present in the diverse scientific traditions in the social sciences.

Such approaches, guided by political correctness, often result in asymmetric assessments that sacrifice creativity because they to lie down in comfortable routines that are usually celebrated in the academic environment. On the contrary,

other types of academic proposals are confronted with the censorship of «normal science», which in certain contexts are accompanied by a set of moral and ideological judgments that can dissemble creativity, open discussion of ideas and exploration of problematic empirical vacuums.

KEY WORDS

Scientific fields; Political correction; Reflexivity Creativity; Social Sciences.

1. LA «METODOLOGÍA» Y SUS EXPERTOS

Este artículo no constituye un manifiesto en contra de la «metodología» en las ciencias sociales. Mucho menos estas líneas están dirigidas a desalentar la reflexión sobre las complejidades que envuelven tanto la elección de determinadas técnicas de recolección de datos como un minucioso desarrollo teórico acerca de aquellas dimensiones habitualmente reducidas a lo «metodológico». Por el contrario, este texto contiene una serie de tomas de posición acerca de cómo investigar en antropología en particular y ciencias sociales en general. No es otra cosa que referirse a los *trucos del oficio*, como los denomina Howard Becker (2009). Por ende, la propuesta de este artículo consiste en exponer las debilidades de una serie de habituales lugares comunes de la investigación social, que incluyen también la problematización de dimensiones históricas. En contrapartida, se exponen otros posicionamientos críticos que se consideran más productivos y rigurosos, aunque menos propensos a la celebración de los pares e incluso con menor posibilidad de trascender los muros de la academia.¹ Este texto refiere a problemas generales del conocimiento en las ciencias sociales pero confronta especialmente con prácticas habituales -y en algún sentido dominantes- de los investigadores en la Argentina, de manera particular en antropología, sociología e historia.

¹ Más allá de los lectores habituales -los "expertos"- de las producciones académicas (investigadores, docentes de diferentes niveles, estudiantes), no resulta infrecuente que las audiencias sean algo más amplias. Como ha destacado Van Mannen (1988), los textos etnográficos (como también los históricos) están cada vez más al alcance de un público masivo y alcanzan audiencias inesperadas (Glazier, 1993). Esa potencial apertura textual les permite a muchos cientistas sociales acceder a la aprobación de sectores intelectuales y demás interesados en problemáticas que se vinculan con lo académico (historia y política, sobre todo), como pueden ser aquellos actores vinculados directa o indirectamente con el periodismo. De allí que no sea extraño que determinados académicos no sólo sean fuentes habituales de consulta en los medios de comunicación sino que sean caracterizados como "el que más sabe" sobre determinado tema. Por supuesto, no necesariamente la condición de intelectual mediático dueño de un elevado capital de "notoriedad intelectual" (Bourdieu, 2008) es un indicador lineal de escasez de profundidad o directamente de trivialidad de las intervenciones. Sin embargo, las lógicas de sentido común que imperan en los medios de comunicación suelen premiar las explicaciones reduccionistas que, mejor si tienen aval "científico", son coincidentes con las certezas que allí circulan. Dispuestos a participar de ese juego, no son pocos los intelectuales que circulan por los medios, tanto como especialistas o hiperespecialistas, pero también como "todólogos" (Bourdieu, 1998).

Las diferentes ciencias sociales siempre han tenido expertos «metodológicos» que, en sus versiones extremas y casi caricaturescas, suelen presentarse como dueños de una *expertise* particular que consistiría no sólo en manejar con solvencia un conjunto de metodologías sino en saber cómo aplicarlas en casos concretos de investigación llevados adelante por terceros. Se trata de una clase de especialistas que abundan en las materias «metodológicas» y talleres de tesis, con escasa -o en algunos casos ninguna- investigación sistemática encarada por ellos mismos. En relación con ello, Arnold van Gennep acuñó, en un libro poco conocido en comparación con su célebre *Rites of Passage* de 1909, el concepto de semisabio. Van Gennep oponía el semisabio al «verdadero investigador», definido como aquel que «considera al método científico como nada más que una herramienta defectuosa, y, por lo tanto, perfectible» (van Gennep, 2006: 28). Por el contrario, el semisabio le adjudica a esos preceptos metodológicos el «valor absoluto y definitivo de una ley mágica. Consecuentemente, lo aplica sin dudas a una completa variedad de datos que caen bajo sus ojos o sin clasificarlos de acuerdo a su orden de importancia» (Ibíd.: 28). En la misma sintonía, afirmaba que «un semisabio perjudica sólo a los tontos» (Ibíd.: 29), es decir aquellos que no hacen ejercicio de la libertad para pensar. Por todo ello, se hace imprescindible no confundir la rigidez “que es lo contrario de la inteligencia y la inventiva, con el *rigor*» (Bourdieu & Wacquant, 1995: 169). Una rigidez que obliga a sistematizar los pasos del conocimiento científico como si se tratara de una fórmula mediante la cual es posible llegar a la verdad. Se trata de ese sentido común científico que supone que basta con encontrar un buen problema (como primer paso) y luego lanzar alguna conjetura para cumplimentar con la exigencia popperiana de la corroboración (provisional).

Esta clase de metodología en el vacío que encarnan diversas clases de semisabios y que es habitualmente enseñada en asignaturas introductorias, suministra una serie de clichés que los estudiantes adoptan rápidamente y que luego se reproducen en sus avances formativos e incluso en etapas iniciales y avanzadas de investigación. Ello también se advierte con claridad en los proyectos de tesis y de becas y otras solicitudes en los que los recursos metodológicos suelen presentarse como una serie de compartimientos estancos para aplicar en cada caso particular. Incluso no resulta inusual encontrarse en estos proyectos con extensas listas de técnicas a emplear en intentos de “triangular” las ventajas de los métodos “cuali” y “cuanti”. En ese sentido, es importante reconocer que los formularios del sistema científico, tal cual suelen ser diseñados en el caso de la Argentina, constituyen una expresa invitación a reproducir esa concepción metodológica. Precisamente, Comesaña (1994) se ha referido al caso de los formularios destacando sus serias carencias epistemológicas, junto con la escasa posibilidad que ofrecen de captar con sensibilidad las diversas lógicas de investigación de las diferentes disciplinas y campos de conocimiento. Este autor considera que los formularios son el resultado de una “filosofía «espontánea» de la ciencia” (Ibíd.: 135) que enseña una serie de recursos de simulación para permanecer o ingresar al sistema científico. Ello implica, de acuerdo con este

enfoque, la paradoja de un sistema que fomenta la simulación cuando se supone que promueve la creatividad y, sobre todo, la honestidad intelectual.

En esa línea, no puede dejar de admitirse que las presiones impuestas por el campo científico en el llenado de los formularios se multiplican cuando los evaluadores se desempeñan con una absoluta literalidad. El énfasis en la formulación de hipótesis que muchos manuales “enseñan”, como fundamento para desarrollar una buena investigación, enfatizan esa tendencia a concebir proyectos que difícilmente encuentren su correlato en una investigación real. Así, en el marco del «arte de escribir un pedido de subsidio» (Knorr-Cetina, 2005: 213) el listado de una amplia gama de recursos metodológicos a fin de dar cuenta con la mayor amplitud y profundidad posible del objeto de estudio, con frecuencia crea las condiciones ideales para la formulación de investigaciones desconectadas de las lógicas disciplinares específicas. Ello es tal vez mucho más visible en una disciplina como la antropología, en la que los principios teóricos y epistemológicos del método etnográfico enseñan a rechazar los abordajes normativos. Y aunque cualquier trabajo de investigación parta de hipótesis formuladas con mayor o menor precisión, es el campo, este referente empírico, el que en última instancia guía al etnógrafo. Aquel simple consejo que Claude Lévi-Strauss le dio a Philippe Descola antes de partir a su primera experiencia de campo en Amazonia es por demás elocuente: «Déjese llevar por el terreno» (Descola, 2005: 49). En ese sentido, «es necesario admitir que la construcción de un proyecto de investigación se funda ampliamente en «la intuición», «la movilización de recursos personales», a los cuales se agrega, en el propio campo, «la imprevisibilidad». Diferentes campos, diferentes datos, diferentes capacidades para emocionarse, diferentes géneros de escritura» (Ghasarian, 2008: 31).

Esta particularidad de la mirada antropológica de “dejarse llevar” por el campo, conlleva evidentes contrastes con otro tipo de enfoques, tal vez más frecuentes en economía y bastante menos en ciencias políticas y sociología. Pese a compartir algunas de esas disciplinas orígenes comunes con la antropología (e incluso buena parte de sus fundamentos de teoría social) el quehacer investigativo en no pocas ocasiones las coloca en enfoques contrapuestos. Ello se hace más notorio cuando se imponen las miradas normativas, que surgen a partir de un desconocimiento profundo de las lógicas nativas de los actores, lo que conduce a prever personalidades, comportamientos y escenarios que deben darse “naturalmente” o que deberían producirse de un modo determinado. Porque no pocas concepciones acerca de la “normalidad” o lo deseable se sostienen en las convicciones ideológicas, morales o los prejuicios etnocéntricos de quienes buscan producir, aun con las mejores intenciones, cambios sociales que favorezcan a los sectores subalternos. Por ello es importante destacar que el rol de la antropología social

“como disciplina en el mundo «práctico» del desarrollo económico y social es insistir en que los cambios tecnológicos o de otra índole deben ser estudiados con relación a los diferentes contextos que condicionan las preferencias de los miembros individuales del grupo que pretende movilizarse. Los

grupos sociales, en muchos casos, no pueden ser contruidos artificialmente a través de un proyecto, ellos existen antes que él y continuarán desarrollándose una vez que los «expertos» hayan abandonado el campo” (Archetti, 1998).

Así, pueden estar diseñándose costosos proyectos de intervención, por ejemplo reformas educativas, reasentamiento de poblaciones y hasta política de igualdad de género, que conducen al fracaso y a la dilapidación de fondos públicos y privados. Ello ocurre cuando operan supuestos naturalizados de los investigadores como, por ejemplo, cuando en categorías como «calidad de vida», «vivienda digna», «educación de calidad» o incluso «violencia», ni siquiera se registrarse el intento de adentrarse en los sentidos que los actores le asignan a esos términos.

2. ENTRE LO “CORRECTO” Y LO “BUENO”

En el mencionado *Trucos de oficio*, Becker plantea una interesante distinción entre lo «correcto» y lo «bueno» al colocarlos como términos «enemigos». Lo correcto, remite a «las cómodas rutinas del pensamiento que la vida académica promueve y respalda» (Becker, 2009: 22), y a las que los semisabios les rinden culto. Como superación, Becker plantea una serie de «trucos», definidos como «modos de dar vuelta las cosas, de verlas bajo otra luz para crear nuevos problemas de investigación» (Ibíd.: 22). Los trucos exigen «más trabajo que hacer las cosas de manera rutinaria y sin pensar» (Ibíd.: 22). En esa sintonía, Ghasarian (2008) propone que el rigor metodológico debe, además de trascender «el empirismo ciego»,

«considerar varias dimensiones interrelacionadas entre las cuales se encuentran: la relación entre la cultura y los comportamientos, el sistema normativo y la vivencia de los actores sociales (lo observado), la vivencia del investigador en el campo (el observador), el estilo literario elegido para unir al observador y lo observado (la historia) y el rol del lector comprometido con la reconstrucción activa de la historia (el público). Haciendo esto, la etnografía se problematiza y favorece nuevas aprehensiones de sus objetos de estudio» (Ibíd.: 17)

Por el contrario, tal vez una de las formas “correctas” más habituales en ciencias sociales (al menos en el caso argentino) sea desarrollar descripciones e interpretaciones condescendientes con los sujetos de estudio, cuando se trata de sectores sociales poco favorecidos, desde “pobres”, “trabajadores”, mujeres, minorías étnicas hasta “pueblos originarios”. El investigador, amparado en su autoridad etnográfica e incluso en su condición de investigador “militante”, reproduce acríticamente, en esos casos, las versiones de la realidad que postulan públicamente los actores sociales estudiados, que a su vez son representados como depositarios de una buena parte de las virtudes humanas como la solidaridad, el espíritu contestatario, la sinceridad o la honestidad. Se trata de una

posición que recibe sólidas adhesiones en los diversos campos disciplinares que, cuando son permeables a lo “políticamente correcto”, tienden a renunciar profundidad en el análisis para recibir en cambio el fervoroso aplauso académico y extraacadémico que premia estas imposturas intelectuales.

Lejos se está aquí de cuestionar la condición, *per se*, de investigador militante, como tampoco la confesión de esa identificación con los sujetos de estudio. No se trata de desechar la recomendable “toma de conciencia potencialmente liberadora” (Bourdieu & Wacquant, 1995: 156-7) sino de colocar el foco de atención en aquellas posturas e imposturas que llevan al investigador a convertirse en un portavoz de quienes está estudiando sin siquiera perseguir algún tipo de distanciamiento conceptual. Y estrechamente ligado, también existe una variante polar, que consiste en aplicar severos estándares de evaluación ideológica y moral a sectores favorecidos material y simbólicamente, que pueden llegar incluso a desembocar en la burla y la estigmatización. Algunos difundidos enfoques sobre la clase media argentina constituyen una muestra evidente de este esquema interpretativo, dado que la retratan como un sector que monopoliza el individualismo, los prejuicios étnico-raciales, el egoísmo y el afán de ostentación (Adamovsky, 2009).

El ejemplo de la clase media está sustentado en un conjunto de generalizaciones sumamente abarcativas de un colectivo imaginado de individuos que suele carecer de un correlato empírico debidamente justificado. Ello se hace más grave aun cuando esos esquemas de interpretación se sustentan en imposturas intelectuales diseñadas para condenar a un sector difuso y sumamente complejo de analizar. Aunque concebido para el campo de los estudios sociales de la ciencia, el concepto de simetría puede aplicarse para enmarcar el problema de esta evaluación diferencial de los comportamientos colectivos. David Bloor (2003), en su ataque a los enfoques dominantes en historia y filosofía de la ciencia hasta la década de 1970, destacó -entre otros aspectos- que las explicaciones de las creencias, tanto de las «falsas» como las «verdaderas», deben estar sostenidas en el mismo tipo de causas. En la problemática aquí analizada, la asimetría se refiere a que mientras determinados grupos son abordados desde una perspectiva comprensiva, y en ocasiones hasta en extremo relativista, para otros se aplican rigurosos estándares de evaluación (moral e ideológica) apuntalados en convicciones apriorísticas, eventualmente militantes. En este caso, el de la clase media, las falencias de este esquema de interpretación se hacen todavía más notorias, dado que “la clase social resulta de *un proceso de clasificación/delimitación que es, al mismo tiempo, un modo de evaluación moral*” (Furbank (2005: 18-19). Esa cita refiere a que las terminologías de clase suelen remitir a “epítetos” (Ibíd.), es decir, a juicios de valor que implican una forma de entrar en relación con otros sujetos sobre la supuesta posición en la escala social. Lo que puede advertirse en esta forma de practicar las diversas disciplinas social-históricas es que operan sobre premisas que implican evaluaciones a partir de las cuales una identidad, una condición social, un tipo de actividad o una posición en la estructura socioeconómica habilitan excesos hermenéuticos de amplísimo alcance.

Este tipo de lecturas que romantiza a los sectores populares gira además en torno a una abundancia de rótulos, tales como elitista, individualista, racista, clasista, obsesivo por la apariencia exterior, ambicioso, admirador de los lujos, conservador o incluso antiperonista (a causa de sus prejuicios clasistas y étnico-raciales). Estas condenas hacia la clase media denotan un abordaje normativo y etnocéntrico que obtura la posibilidad de profundizar en procesos históricos y dinámicas socioculturales del presente y del pasado que están juzgados de antemano. Entonces, como un claro ejemplo de lo “correcto” en variados ámbitos académicos, si esas estigmatizaciones se aplicaran a ciertas minorías (étnicas, religiosas, sexuales) o a los sectores económicamente excluidos, serían denunciadas corporativamente como flagrantes actos de discriminación y tal vez dispararían una condena pública y colectiva, e incluso judicial. Aquí, «se plantea la cuestión de saber hasta qué punto el etnólogo hace de sujetos de estudio la fuente de su identificación, el vector de su diferencia en el universo académico que construye su disciplina» (Bellier, 2008: 69).

Estos ejemplos de “lo correcto” remiten a diversos procesos de estigmatización y estereotipación a los que suelen apelar las ciencias sociales, lo que ha sido expuesto críticamente, aunque para otros casos más abarcadores, por toda una serie de movimientos teóricos. Con diversa seriedad, profundidad e impacto en las comunidades académicas, y en diferentes épocas, corrientes como el feminismo, el posmodernismo, el orientalismo, el poscolonialismo, los estudios subalternos e incluso las propuestas decoloniales, han denunciado e intentado deconstruir los procesos de estereotipación que ha favorecido a gran escala la ciencia occidental. Más allá de la rigurosidad de esos cuestionamientos y las responsabilidades puntuales de cada disciplina, es posible retomar el camino «bueno» apelando una vez más a Howard Becker. Directamente aplicable a problemáticas como la clase social, como a cualquier otro estudio vinculado con una pertenencia colectiva, el sociólogo norteamericano afirma que:

“tipificar a las personas es una manera de buscar regularidad en su acción; tipificar situaciones y líneas de actividad es otra cosa. Si ponemos el acento en las actividades antes que en las personas, tendremos más interés en el cambio que en la estabilidad, en las ideas de proceso que en la estructura. Veremos el cambio como la condición normal de la vida social, de modo tal que el problema científico ya no será detectar el cambio o a falta de cambio sino la dirección que se toma, y aquella situación en la que las cosas permanezcan igual durante un tiempo se considerará un caso especial” (Becker, 2009: 70-71).

Lo señalado por Becker remite también a la crítica que Edmund Leach realizó a la antropología británica clásica por la tendencia a tipificar instituciones con objetivos comparativos. Leach consideró esta forma de concebir la actividad científica como una “recolección de mariposas –de clasificación, de ordenamiento de las cosas de acuerdo a sus tipos y subtipos” (1971: 2). En ese sentido, cuestionó el “excesivo interés en la clasificación de hechos etnográficos que sirve más para oscurecer que para iluminar nuestra percepción de la realidad” (Ibíd.:

26), en que habrían caído Malinoswski y Radcliffe-Brown en sus dos vertientes funcionalistas.

Ese tipo de posiciones «correctas» también se extiende hacia la consideración de objetos de estudio más “nobles” que otros, o más progresistas o incluso “revolucionarios”. Durante décadas, las ciencias sociales en la Argentina (y la antropología durante mucho tiempo) han estado imbuidas por cierta mimetización con el objeto de estudio. En ese sentido, las investigaciones tendrían un trasfondo político elogiabile cuando están dirigidas hacia sectores que gozan de un sólido prestigio social (como los movimientos de derechos humanos) o se encuentran en posición subalterna (como los pobres, los «pueblos originarios», las cooperativas obreras, la militancia sindical de base, los homosexuales, las mujeres, etc.) junto con el agregado de la ya mencionada plena identificación, eventualmente militante, con los sujetos de estudio. Y aunque se trata de una concepción en retroceso, aquellas investigaciones dirigidas hacia los sectores dominantes (empresarios, clases altas, etc.) o colectivos desprestigiados (las fuerzas armadas, la policía) conllevarían una impureza (Douglas, 1966) de origen o al menos una sospecha de “comunidad espiritual” con quienes son objeto de la etnografía. Así es que no pocos investigadores reciben cuestionamientos por haberse «contaminado» o «contagiado» con esos sujetos de estudio, cuando -por ejemplo- alguno de sus posicionamientos no coincide con las imposturas morales e ideológicas «correctas». En esos casos, el investigador debe colocar un esfuerzo extra en probar, entre otras cosas, que no comulga ideológicamente con esos actores. Por ejemplo, durante una de mis clases, una estudiante de sociología (graduada en una carrera afín en la década de 1970) reaccionó con incomodidad ante los ejemplos que postulé sobre grandes vacíos empíricos en las ciencias sociales argentinas. Entre la amplia variedad de casos eventuales, “el mundo de la farándula” le pareció una extrema frivolidad y mis esfuerzos por intentar explicar que esos campos inexplorados constituyen en algunos casos uno de los tantos laboratorios donde se “fabrica” (Latour, 2008) lo colectivo, fueron totalmente infructuosos.

3. DE ESTRATEGIAS, BANALIZACIONES Y MISTIFICACIONES

Los ejemplos postulados en este artículo, como también las categorías analíticas empleadas, provienen de la antropología social, pero se utilizan con la pretensión de ofrecer («buenas») miradas comprensivas que excedan lo específicamente disciplinar. Otra de las estrategias «correctas» más exitosas de las ciencias sociales contemporáneas es apelar a la *falacia del hombre de paja*. En tiempos en los que proponer discusiones teóricas novedosas o formular nuevos problemas resulta cada vez más arduo, caricaturizar a los autores clásicos o a líneas de investigación de alto impacto, ha proporcionado argumentos (falaces) de rápida y poderosa difusión y aceptación. Durante décadas (en mayor medida en las de 1960 y 1970) resultó por demás redituable condenar más de un siglo de teoría y producción antropológica por no denunciar situaciones de opresión

(desde la dominación colonial a las desigualdades del género) sin detenerse en la amplia variedad de contraejemplos que pueden encontrarse incluso en las tradiciones centrales de antropología. De manera similar, la reducción de los abordajes simbolistas al análisis superficial de los testimonios nativos en situación de entrevista formal, es un lugar común fácilmente accesible. Así, al colocar a los enfoques interpretativistas como meros ejercicios semióticos, se vacían de contenido ricas etnografías que dan cuenta de tramas de relaciones de poder, regímenes de historicidad, subjetividades y experiencias con admirable precisión y profundidad.

Por supuesto, no pueden faltar en el marco de otras estrategias «correctas» y falaces, las burdas generalizaciones, la recuperación de autores «olvidados» o de corrientes filosóficas nunca tomadas seriamente en la antropología, que permiten producir el efecto enunciativo de novedad que arrastra durables adhesiones. La «reinención» de enfoques y problemáticas largamente desarrolladas en la producción antropológica es otra variante de la mencionada falacia, otra estrategia «correcta» que ocasionalmente rinde frutos. Del mismo modo, todavía encuentra eco el planteo de postulados reflexivos largamente formulados y puestos en práctica en las más diversas tradiciones antropológicas, centrales y periféricas. Un ejemplo recurrente remite a quienes «descubren» la importancia del proceso de escritura para la producción del conocimiento antropológico. De manera equivalente, en pleno siglo XXI algunos antropólogos nos sorprenden con la conclusión de que las lógicas nativas -incluso las más sistemáticamente elaboradas- suelen contradecir la experiencia de los actores certificada en el terreno.

Quizás no sea una marca de distinción apelar a Malinowski y sus observaciones sobre el método etnográfico, pero gran parte de esos hallazgos están contenidos en su trabajo. La consideración minuciosa de obras como *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, permiten apreciar que sólo mediante un profundo trabajo de campo se pueden captar efectivamente las libertades que las personas se toman con respecto a las conductas esperadas y normalmente aceptadas, dando espacio para la expresión de sus sentimientos que les permitan cumplir con sus deseos, como también “su tolerancia por las faltas de los otros” (Ibíd.: 143). Al tener tanto peso este:

“código de conducta natural e impulsivo, las evasiones, los compromisos y los usos no legales, sólo se revelan al que investiga sobre el terreno, observa la vida nativa directamente, registra los hechos y vive en tan estrecho contacto con su «material humano» como para comprender, no sólo su idioma y afirmaciones, sino también los motivos ocultos de su conducta y la línea espontánea que casi nunca se menciona. La «antropología de oídas» está constantemente expuesta al peligro de ignorar el lado menos bonito de la ley salvaje” (Ibíd.: 144).

Malinowski enseñó que la vida cotidiana está repleta de violaciones de esos preceptos que en el discurso nativo se postulan como obligaciones normativas. Del mismo modo, puede hallarse un alto nivel de tolerancia hacia esas infrac-

ciones, ya que las actitudes de los individuos ante las leyes y las tradiciones son sumamente flexibles y lo que se dice no siempre coincide con lo que se hace. Entonces, la noción de «ficción legal» resume la complejidad de cualquier colectivo que sea objeto de un estudio sistemático, ya que incluso sus preceptos más «sagrados» son susceptibles de ser quebrantados de modo sistemático “en el curso diario de la vida ordinaria” (Ibíd.: 142).

De cualquier manera, no pocos científicos sociales se aferran a las ficciones legales de sus sujetos de estudio, sobre todo si se trata -como ya se ha detallado- de actores sociales subalternos. Por supuesto, el riesgo de ser mistificado por las explicaciones nativas le cabe a todo investigador, por más recaudos teóricos que tome o que se encuentre alerta de no constituirse en un portavoz de “sus” nativos. En sintonía con lo expuesto más arriba, ese peligro se acrecienta cuando el investigador se identifica acríticamente con sus sujetos de estudio y llega al extremo de confundir las categorías nativas con las categorías analíticas. En la Argentina, en el presente y en el pasado, esa tendencia se ha registrado con cierta frecuencia, sobre todo en los casos en los que un académico adhiere de manera fervorosa a un movimiento político, sea un partido (por ejemplo el peronismo) o alguna agrupación específica (como puede ser el “movimiento estudiantil” en la universidad). Uno de los casos históricos más notorios en la sociología argentina es el de la autodenominada *sociología nacional*, que a partir de la segunda mitad de la década de 1960, en su afán por cuestionar las categorías eurocéntricas de la ciencia occidental (incluyendo al marxismo), propuso definiciones alternativas de la práctica científica, orientada en este caso a la transformación de la sociedad por la vía revolucionaria (Buchbinder, 2005; Gil, 2011). En ese proyecto, que dejó importantes condiciones de reconocimiento en las ciencias sociales argentinas (como las mencionadas lecturas sobre la clase media) se llegó a intentar operacionalizar como conceptos teóricos a categorías nativas como *gorila*. A muy *grosso modo*, se clasificó bajo ese rótulo a aquellos que no entienden al peronismo y que se oponen a las reivindicaciones sociales y la ampliación de los derechos sociales y políticos de las clases trabajadoras que, según esta cosmovisión, el peronismo propició en el poder, desde que Juan Domingo Perón se impuso en las elecciones presidenciales de 1946. En la misma línea, se considera al *gorilismo* como una actitud irracional de rechazo ligado a prejuicios de clase y étnico-raciales. Los *gorilas*, siempre desde la concepción peronista del mundo, suelen coincidir con aquellos que representan la *antipatria*, ya que además no están interesados en un genuino *proyecto nacional*. El investigador que adopte los términos nativos como categorías de análisis incorporará también sus esquemas clasificatorios y valorativos y sólo naturalizará una determinada cosmología (en este caso política) sino que se verá impedido de comprender los fundamentos sobre los que se asienta esa manera de ver el mundo, es decir, “qué demonios creen ellos que son” (Geertz, 1994: 76). Este tipo de posicionamiento no advierte que las categorías nativas sirven, sobre todo, para comprender al clasificador y mucho menos al clasificado. Por supuesto, las terminologías nativas ofrecen ricos elementos para comprender a los clasificados ya que, después de todo, suelen ser descripciones con pretensión de verdad. Además, estas catego-

rías nativas impactan de diversa manera en los clasificados, propiciando actitudes puntuales frente a eventuales estigmatizaciones (como la de *gorila*) o incluso estimulando la génesis y circulación de otras categorías que, por ejemplo, como modo de respuesta o defensa, terminan invirtiendo la posición de clasificado en eventual clasificador.²

Sin poner en discusión el peso de la obra de Marcel Mauss o su condición de padre fundador de la antropología francesa –en continuidad con la obra de Durkheim– Lévi-Strauss le endilga haber sucumbido a la seducción de la teoría nativa del *mana* en su célebre *Essai sur le don*. En efecto, Lévi-Strauss condenó el modo en que Mauss no pudo distanciarse, con actitud científica, de esa concepción maorí que indica que la “cosa donada” envuelve “tres obligaciones, la de donar, la de recibir o aceptar y la de devolver una vez que se ha aceptado” (Godelier, 1998: 17-8) y que se hace posible dado que la cosa dispone de un espíritu (*hau*) que “incita al receptor a devolverla” (Ibíd.: 18). En sintonía con la interpretación levistrausseana, “Mauss habría bajado la guardia, olvidando por un momento su espíritu científico” (Ibíd.: 18). El mismo Lévi-Strauss sostenía que “no cabe duda de que las razones inconscientes por las cuales se practica una costumbre o se comparte una creencia están muy alejadas de aquellas que se invocan para justificarla” (Lévi-Strauss, 1968: 19). Aunque no conviene soslayar que «uno puede y debe tomar una distancia crítica respecto de los discursos de los informantes sobre sí mismos. Pero los discursos imaginarios producen efectos reales en la sociedad» (Godelier, 2008: 197). Si confiáramos plenamente en un análisis *emic* (aquella que da cuenta de la perspectiva del actor, del *punto de vista del nativo*) cualquier etnografía estaría condenada –o al menos correría serios riesgos– a ser refutada ya que las descripciones y reflexiones del investigador (por ejemplo aquellas vinculadas con la identidad) suelen chocar de manera directa contra los criterios usados por los nativos. Sin embargo, aunque en ocasiones resulta deseable que los nativos se opongan a nuestras interpretaciones, la refutación *emic* (además de la consideración de trivialidad),³ puede ser demoledora para las pretensiones del investigador: cuando los nativos no consiguen verse incluidos en las descripciones de sus propios entornos culturales.

² Por supuesto, también se advierte la postura inversa que pretende pensar al peronismo sin contemplar ese complejo conjunto de categorías nativas y privilegiar, en cambio, categorías normativas que proporciona la ciencia política (como la acepción peyorativa de “populismo”) o la búsqueda de comparaciones mecánicas con otros procesos políticos en el mundo. Ello impide entender al peronismo en sus aspectos locales y situados partiendo del modo en que sus dirigentes, militantes, adherentes y también sus críticos lo viven, experimentan y explican. Porque, como nos recuerda Malinowski, “cada lenguaje tiene palabras que no son traducibles porque encajan en una cultura y sólo en ella; dentro del entorno físico, las instituciones, el aparato material y las maneras y valores de un pueblo” (Malinowski, 1935: 12).

³ En antropología, la posibilidad de que los textos sean considerados triviales es mucho más elevada que en otros casos, como lo destacara hace mucho tiempo Max Gluckman (1989), sobre todo cuando los nativos tienen acceso al producto de las investigaciones que los tienen como sujetos de estudio.

Aplicado al pasado reciente, la problemática del clima de época es precisamente uno de los puntos sensibles cuando exponemos nuestras producciones ante los sujetos de estudio. Las dificultades para lograr describir con precisión los contextos no experimentados directamente constituyen uno de los obstáculos más relevantes en la investigación antropológica del pasado reciente. Ello es más notorio cuando involucra temáticas de alta conflictividad social, ya que enfrenta al investigador a una serie de tareas y reflexiones que habitualmente no se presentan frente a “objetos” más convencionales. Por ejemplo, la investigación conducida sobre las décadas de 1960 y 1970 (atravesada por el terrorismo de estado) y la historia del campo antropológico al que además pertenece el investigador, derivó en una serie de situaciones conflictivas que obligaron a tomar recaudos precisos en los procesos de recepción. La interacción estrecha con los “nativos” impuso la necesidad de tomar la reflexividad como una herramienta analítica más para encontrar y descifrar las categorías nativas en el campo y acceder así a un mejor diálogo con las categorías analíticas utilizadas. Sin embargo, no se trató de una tarea sencilla ya que, muchos potenciales sujetos de estudio se dedicaron a sabotear la investigación. El eventual sabotaje de los nativos es un asunto de vital importancia para el trabajo etnográfico, en especial en los mundos contemporáneos en los que el etnógrafo puede encontrar a nativos como expertos, o diferentes sujetos que pretenden alcanzar ese rango (Gil, 2010). De allí la relevancia de cuestionarse el modo en que el trabajo del etnógrafo irrumpe en un determinado orden moral y al tratar con “historias sagradas” enfrenta una situación en la que un “acto de secularización y desencantamiento podría ser leído más propiamente como un cuestionamiento a sus vidas, sus trayectorias o sus instituciones” (Visacovsky, 2005: 278-9).

4. CUESTIONES DE «ESPECIALISTAS»

Otra de las tendencias “correctas” de las ciencias sociales –y ampliamente desarrolladas en la Argentina– es la hiperespecialización temática o por objeto de estudio. Ello puede advertirse con claridad en los congresos de las diferentes disciplinas que se pueblan de mesas temáticas cada vez más centradas sobre sí mismas. Tanto en sus clases como en diversas intervenciones, el destacado antropólogo Eduardo Archetti rechazaba de modo tajante que se lo categorizara como un especialista en fútbol y deportes. En esa línea, destacaba que solía canalizar sus participaciones en reuniones científicas vinculadas con problemáticas generales (en su caso nación y género) en las que pudiera dialogar con otros científicos sociales con esferas de interés común pero con una amplia diversidad de referentes empíricos. Por el contrario, las estrategias de los diversos actores académicos en los congresos suelen girar en torno a grupos de discusión que privilegian el estudio de colectivos puntuales (jóvenes, movimientos sociales, derechos humanos, entre muchos otros), franjas históricas o recortes regionales. Por supuesto, en ocasiones esa puede ser la única vía posible para justificar la organización de un simposio o grupo de trabajo en un congreso, lo que permite

obtener visibilidad y espacios en una disciplina a un grupo de investigadores que, por ejemplo, buscan producir «interesamientos» (Law & Callon, 1998) por un tema o un tipo de enfoque «novedoso». De alguna manera, la necesidad de hacer “vendibles” a los distintos productos de la ciencia lleva a definir una serie de procedimientos encarnados en el *habitus* científico que, por supuesto (y con frecuencia lo hacen), son susceptibles de fracasar. Ello implica una exploración intuitiva de los intereses de otros actores (por ejemplo los evaluadores de un *paper* o de una propuesta de grupo temático) en la se establecen los límites de las opciones disponibles, a modos de representaciones que configuran un “mapa de interés” (Ibíd.) a través de los cuales se busca *enrolar* a otros actores del sistema en nuestra red. Es decir, se busca que los intereses sean identificados, atraídos y transformados de tal manera que sean utilizados por otros actores, aquellos a los que se planifica enrolar. Estamos entonces frente a simplificaciones reduccionistas de un mundo social en el que se les atribuyen intereses estables a actores cuyos complejos y cambiantes motivos desconocemos. Al elaborar estos “mapas de trabajo”, establecemos relaciones reflexivas en torno a los “intereses” recíprocos en un intento de determinar la “mercantilidad” de nuestro trabajo.

Pero la situación se modifica conceptualmente cuando las estrategias de investigación se reducen estratégicamente a cristalizar un gueto disciplinar o incluso «interdisciplinar» que se hace impermeable a otras miradas, críticas o enfoques alternativos. No son pocos los actores académicos que logran construir enrolamientos durables y efectivos «mapas de trabajo» al posicionarse como «dueños» de un tema u objeto en una misma disciplina o incluso que también consiguen monopolizar una legitimidad transversal temática entre disciplinas afines. Así es que puede advertirse que en gran parte de las reuniones científicas se estructuran un conjunto extenso de grupos cerrados (que incluso rechazan propuestas que provengan de otros espacios) que se autovalidan de forma permanente. Más allá de recursos puntuales como la permanente autocita, esta práctica “correcta” de administrar las situaciones (Collins, 2002) del campo académico como los congresos se enmarca en una concepción endogámica que, como mucho, incluye a otros hiperespecialistas. Pero como planteó Geertz “el lugar de estudio no es el objeto de estudio” (1997a: 33), destacando que los antropólogos no estudian aldeas sino *en* aldeas, fijando con maestría los alcances que, en clave metafórica, poseen los estudios intensivos de caso para comprender procesos de mayor alcance, ya que “uno puede estudiar diferentes cosas en diferentes lugares” (Ibíd.: 33). Obviamente, esa afirmación no es tenida seriamente en cuenta por quienes construyen sus trayectorias académicas en torno a la hiperespecialización por objeto.

Similar perspectiva suelen aplicar los tribunales de tesis y comisiones de evaluación, influidas por esta tendencia a validar este tipo de interlocución cerrada sobre fragmentos demasiado específicos de los diversos objetos de estudio. Además, resulta por demás frecuente que aquellos especialistas temáticos que se consideran dueños de determinados objetos de estudios, en ocasiones se arrojan la potestad de otorgar «permisos» (la mayoría de ellos implícitos) para ocuparse

de determinado tema, período histórico, problemática, etc. Sin ingresar en detalle sobre lo que ocurre en algunos campos disciplinares como la arqueología, el acceso a la posibilidad concreta de investigación suele alcanzar una gran complejidad (burocrática, de relaciones interpersonales, de reglas del juego de la academia, entre otras), relativizando aquel eje sustancial del *ethos* científico mertoniano: la propiedad colectiva de los hechos científicos (Merton, 2002). Ruscio (1986) ha caracterizado las especializaciones como una manera rígida de controlar el progreso de la ciencia y de las profesiones académicas. Ello favorece una escasa intercomunicación entre grupos y disciplinas que tienden a cultivar procedimientos, labores y enfoques que se reproducen de modo mecánico (Becher, 2001; Ruscio, 1986). Por ejemplo, para el análisis de la violencia entre hinchadas de fútbol en la Argentina (Gil, 2007) no necesariamente la comparación más fructífera se vincula con las lógicas violentas de grupos análogos como *hooligans* ingleses o los *ultras* españoles. Por el contrario, ejemplos clásicos de la antropología, como los Nuer, u otros contextos culturales e históricos (como las *vendettas* en la Italia meridional, la caza de cabezas entre los ilongot o diversos mecanismos de solidaridad vindicatoria en el mediterráneo) proporcionaron bases comparativas mucho más sólidas para la comprensión de procesos complejos que están atravesados por dimensiones políticas, culturales y económicas de relevancia. De todas maneras, es necesario insistir en que lo que aquí se rechaza tajantemente son los fundamentalismos (disciplinares, temáticos)⁴ que ocuyen discusiones amplias y abarcadoras y de esa manera atentan contra una mayor profundidad de los análisis, las posibilidades de debates y las estrategias comparativas fructíferas entre referentes empíricos y casos, en apariencia, escasamente vinculados.

5. EL INVESTIGADOR “COMPETENTE Y EXPERIMENTADO”

Aquel semisabio que describía Van Gennep, completamente consustanciado por las bondades del método científico, en el campo de la antropología desemboca de forma inevitable en un reproductor del mito fundador malinowskiano del “investigador de campo camaleónico” (Geertz, 1994: 73) que todavía despierta adhesiones, aunque en general veladas. En efecto, la antropología aún sigue siendo parcialmente perseguida por la figura que el propio Malinowski construyó sobre sí mismo del “etnógrafo competente y experimentado” (Geertz, 1997b: 89). A pesar de lo que después quedaría expuesto en su diario de campo (Malinowski, 1967),⁵ sus principales argumentos apuntan a justificar la posibi-

⁴ Por supuesto no constituye problema alguno la especialización temática o incluso las trayectorias sostenidas en un mismo campo, como el caso de Raymond Firth entre los tikopia.

⁵ Precisamente, *A Diary. In the Strict Sense of the Term* muestra que en sus notas de campo Malinowski dejó registradas las sensaciones que lo asaltaron durante parte de su etnografía entre los trobriandeses. Lejos de sustentar los principios metodológicos que la antropología defendió casi con carácter dogmático, sus notas revelaron que –como cualquier persona– Malinowski atravesó momentos de desolación, impaciencia y rechazo hacia los indígenas (muchos de ellos teñidos

lidad de lograr, luego de un profundo trabajo de campo, una sintonía casi perfecta con los nativos, para llegar a ser considerado «como parte integrante de la vida, una molestia o un mal necesario» (Malinowski, 2000: 25). De ese modo, a partir de esa idea dogmática de un etnógrafo «mimetizado a la perfección en sus ambientes exóticos, como un milagro andante de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo» (Geertz, 1994: 73) no pocos científicos sociales construyen un sujeto enunciador en sus textos en los que se describen a sí mismos como dueños de “algún tipo de sensibilidad extraordinaria” (Ibíd.: 74). Quienes adoptan esa postura, suelen relatar episodios de campo en los que consiguen manejarse con admirable solvencia ante sujetos de estudio esquivos o que eventualmente les tienden trampas que ellos consiguen desmontar a partir de un temple especial o sus dotes de experto entrevistador. También es una actitud habitual en jóvenes estudiantes de grado y posgrado que viven sus primeras experiencias de campo con una combinación de soberbia y cierta ingenuidad suponiendo que “les hacen pisar el palito” a sus entrevistados, aplicando técnicas desarrolladas en los manuales de metodología. También algunos trabajadores de campo llegan a jactarse de que consiguieron que su ocasional entrevistado “se fue de boca”.

Esta clase de enfoque, dejando de lado interpretaciones psicológicas sobre el ego de investigador, nos llevan al habitual equívoco de que nuestra labor sobre el terreno consistiría en conseguir información “confiable” que nuestros informantes nos retacean por naturaleza. Habría, entonces, una barrera que sólo podría franquearse mediante la perspicacia del investigador. Esta mirada inquisitorial deja de lado que el trabajo de campo suele transformarse en un “toma y daca intersubjetivo” (Clifford, 1995), con interlocutores con los que se está en cierto grado de tensión, y que poseen objetivos en ocasiones contrastantes con los del etnógrafo. Porque “la idealización moral de los investigadores de campo es en primera instancia simple sentimentalismo, cuando no autocongratulación o mero pretexto gremial” (Geertz, 1994: 74). En ese marco, no necesariamente debe buscarse que los actores estudiados nos provean de “verdades” empíricas en sus testimonios. Del mismo modo, la búsqueda de “contradicciones” en el relato nativo como una muestra de comprensión profunda suele conducir por el mismo camino erróneo. El trabajo de campo nos enfrenta permanentemente a relatos que habitualmente tendemos a naturalizar sin prestar especial atención a su carácter pragmático. Es decir, nuestros interlocutores nos cuentan historias, que pueden ser relatos biográficos (propios y ajenos), narrativas alegóricas, clichés narrativos, recuerdos fragmentados, argumentos, metáforas, informaciones, descripciones, todo dentro de esa compleja trama de “desencuentros” (Clifford, 1995) que en ocasiones es el trabajo de campo. Así, pueden tratarse de relatos de carácter poético, plagados de figuras retóricas que evocan poderosas imágenes

de comentarios racistas), además de su sistemática hipocondría y las cartas que enviaba a un par de mujeres en Australia. En ese sentido, “el *Diary* turba, pero no por lo que dice acerca de Malinowski mismo. Buena parte de su contenido son lugares comunes neorrománticos, y, al igual que otras famosas «confesiones», no resulta tan revelador como parece. Turba, sobre todo, por lo que dice acerca del «Estar allí»” (Geertz, 1997b: 86).

mentales que suelen derivar en complejas estilizaciones de sus vidas que el investigador pone, de algún modo, bajo examen. Esas narrativas que fluyen pueden además ordenarse en un dispositivo argumentativo, a través del cual los interlocutores no sólo despliegan sus puntos de vista y apreciaciones conceptuales, sino que intentan convencer a un investigador que también puede ser transformado él mismo en un objeto de reflexión por sus nativos. En ciertas circunstancias, los nativos consiguen ubicar rápidamente al investigador dentro de sus propios esquemas clasificatorios, sean ideológico, morales, estéticos, etc.

Contrariamente a la mencionada idealización del etnógrafo, en su novelado *El Antropólogo inocente*, Nigel Barley cuestiona una serie importante de dogmas de la disciplina, al narrar detalladamente la infinidad de inconvenientes que sufrió mientras intentaba estudiar a los dowayo, una ignota tribu de Camerún. A diferencia de la ortodoxia antropológica que sistemáticamente esconde aquellas peripecias de campo que puedan socavar la autoridad etnográfica, Barley sostiene que:

“a veces se sugiere que un pueblo extraño puede considerar al visitante de distinta raza y cultura muy similar a sus propios miembros en todos los aspectos. Ello, por desgracia, es poco probable. Seguramente lo más que uno puede esperar es ser tenido por un idiota inofensivo que aporta ciertos beneficios a la aldea: es una fuente de ingresos y crea empleo” (2001: 76).

En efecto, la antropología ha jugado (y en muchas ocasiones todo ello se aplica a disciplinas afines), y de algún modo lo sigue haciendo, el juego de entender perfectamente a los nativos que estudia, confiando en “la magia del etnógrafo” para transformarse en ese “mal necesario” y de ese modo dar cuenta fielmente de las representaciones nativas. Sin embargo, los límites que un antropólogo tiene para manejar esas lenguas extrañas y no tan extrañas son bastante precisos y en la trastienda de la disciplina se conocen casos de figuras claves de las antropologías metropolitanas que han sufrido serios problemas cuando se enfrentaron ante individuos (misioneros, por ejemplo) que sí manejaban esas lenguas con absoluta solvencia. El mismo Barley se refiere a esto irónicamente al plantear que:

“una vez sobre el terreno de estudio, uno se transforma en un genio de la lingüística y adquiere fluidez en una lengua mucho más difícil para un occidental que el francés, sin profesores especializados, sin textos bilingües, y con frecuencia sin gramática ni diccionarios” (Ibíd.: 63).

Personalmente, las “mentiras” más burdas me han proporcionado, por lo general, mejor material de análisis que los supuestos datos “confiables” y “comprobables”. Es en las contradicciones temporales, en la manipulación grosera de los episodios, los personajes y los tiempos que las tramas de sentido que construyen nuestros interlocutores adquieren mayor riqueza. Allí desfilan complejas narrativas, poderosos mitos que los nativos enarbolan con convicción, más allá

de que difícilmente podrían sostenerlos ante un superficial examen de los hechos. En definitiva, nunca resulta redundante recordar que «la cuestión no estriba en situarse en cierta correspondencia interna de espíritu con los informantes. Ya que sin duda prefieren, como el resto de nosotros, hacer las cosas a su modo, no creo que les entusiasme demasiado un esfuerzo semejante» (Geertz, 1994: 76).

Aunque muchas de las frases y definiciones de Clifford Geertz (como las que aquí se han transcripto) se han convertido en clichés de cierto sentido común antropológico y también de otras ciencias sociales, no por ello pierden vigencia y profundidad pese a su aparente simpleza. Inclusive las tareas descriptivas de «simplemente» dar cuenta del *punto de vista del nativo*, constituyen metas complejas que consisten en poder encontrar coherencia y racionalidad en los sistemas simbólicos cercanos y lejanos que hasta pueden llegar a repugnar (como las lógicas de un torturador, de un explotador, de un hombre golpeador, etc.) al investigador. Y todo ello vale no sólo para aquellos etnógrafos que seguimos confiando en la necesidad irrenunciable de compartir la vida cotidiana de los sujetos de estudio para acceder a una comprensión genuina. También las prácticas de campo menos comprometidas desde lo temporal y lo corporal, que apelan tal vez a técnicas de investigación más compartimentadas (como las llamadas entrevistas abiertas, semi-estructuradas, en profundidad) pueden contemplar algunos de estos principios para no confiar, en ocasiones de forma ingenua, con esa «antropología de oídas» de la que alertaba Malinowski.

5. CONCLUSIONES

El racismo se ha visto a menudo respaldado por científicos que presentan una imagen pública de objetividad para enmascarar sus prejuicios, que son los que les guía

Stephen Jay Gould, *El pulgar del panda*

La «tensión esencial» entre tradición e innovación (o conformidad y disenso) constituye una clásica inquietud de la epistemología de Thomas Kuhn (1977), dada la «productividad» que usualmente arrojan las estrategias conservadoras de la «ciencia normal». En efecto, la innovación implica la asunción de una serie de riesgos elevados y consiguientes castigos (Bourdieu, 2008), sobre todo si no se cuenta con el suficiente capital científico como para afrontarlos. Esas estrategias innovadoras de alto riesgo pueden garantizar no sólo un alto impacto (habitualmente mayor que las contribuciones «conservadoras»), en concreto publicando y siendo citado, sino también el acceso a esa creatividad altamente apreciada en los campos científicos-académicos que puede llegar a garantizar un premio descolante. Entre las fuerzas que detienen o estimulan esas estrategias de innovación, pueden operar constreñimientos institucionales (por ejemplo un departamento que ha practicado la acumulación del período de «ciencia normal»), aunque también las culturas disciplinares (Foster y otros, 2015). Por

ello, es posible considerar ambos polos como «regiones distintas de posibles demandas de investigación o «tomas de posición». Los científicos anticipan un determinado perfil de riesgo y recompensa para cada región. A través de la elección de un problema de investigación, los científicos invierten en una particular mezcla de tradición e innovación» (Ibíd.: 878). Tal vez, nuestras instituciones científicas y cierto *habitus* imperante en las ciencias sociales (al menos en el caso argentino) tiendan a favorecer prácticas endogámicas de grupos «consolidados» que se autovalidan. Y aunque si bien el «descubrimiento» de nuevos objetos suele cosechar buenos resultados (por ejemplo, ser considerado el «pionero» y hasta el «dueño» de un objeto), diferente es lo que ocurre cuando la innovación atenta contra las prácticas «correctas» que legitiman objetos, enfoques y ciertas prácticas científicas protegidas, aquellos lugares comunes de la investigación que estimulan la comodidad y las zonas de confort.

Este ensayo constituye un intento de proponer una serie de definiciones acerca de las «buenas» maneras de desempeñarse en la investigación científica. Para ello, se han desplegado algunos de esos «trucos de oficio» conjugados con otras visiones más o menos afines sobre una forma de concebir el quehacer científico, que seguramente no es la más celebrada. Se trata entonces de un texto en el que se plasman una serie de principios teóricos que, a modo de lineamientos conceptuales globales sobre la investigación social-histórica, tal vez propone caminos con más obstáculos y con escasas posibilidades de recibir el aplauso académico (y más todavía el extra-académico). Lejos de presentar una propuesta de rebeldía o de cuestionamiento radical al funcionamiento de los campos académicos en las ciencias sociales, este artículo se ha propuesto sistematizar una serie de opciones posibles, tal vez menos premiadas y valoradas por los pares, pero quizás a la larga más gratificante. Se ha planteado un camino plausible y relativamente más complejo de obtención de esa energía emocional (Collins, 2002) que carga a los individuos en las diversas situaciones del campo académico. Porque la energía emocional fluye en situaciones en las que los individuos participan en los diversos rituales de interacción en los que se reúne la comunidad intelectual (clases, conferencias, discusiones, congresos, debates), aunque también puede surgir en momentos de soledad. Pero la energía emocional no basta por sí misma, ya que necesita de un suficiente capital cultural o de una posición sólida en la red de una comunidad intelectual. Por eso es que “el entusiasmo creativo es más probablemente un preludio a las emociones frustradas y fallas de reconocimiento” (Ibíd.; 34). De ese modo, la energía emocional aumenta o disminuye a partir del éxito o fracaso en ese tipo de interacciones. Y como resultado, no necesariamente los investigadores e investigaciones más creativos son los que van a tener la mayor capacidad de influenciar a sus contemporáneos.

Estas líneas configuran, en definitiva, un llamado a no sucumbir a la enorme tentación de juzgar (moral e ideológicamente) al *otro* (que en algunos casos puede ser el *nosotros* del mismo investigador) y a postular ligeras afirmaciones de un ambicioso alcance explicativo. Porque ese conjunto de prácticas suele conducir a esencializaciones que, en determinado clima de ideas, pueden llegar incluso a verse celebradas desde sectores intelectuales, políticos y mediáticos,

sobre todo cuando se condena tajantemente a sectores sociales que se encuentran bajo sospecha, como la mencionada clase media. En efecto, en aquellos contextos institucionales en los que gobiernan los semisabios, alejarse de las cómodas rutinas de la corrección en sus diversas formas conlleva riesgos que no son menores. Esas mismas rutinas que suelen gozar de poderosas protecciones corporativas que no le harán nada sencillo la tarea a quienes, con ingenuidad, supongan que en nuestros medios académicos opera de manera unívoca un *ethos* científico mertoniano que premia la creatividad y el desafío a los criterios dogmáticos, que estimula el desinterés personal y que establece la propiedad colectiva de los hechos científicos.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ADAMOVSKY, E. (2009): “De la academia a la escuela: los inicios de un interés por la clase media en la sociología y la historiografía argentina y su primer impacto en la educación general”, en *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, Antropofagia, pp. 95-122.
- ARCHETTI, E. (1998): “Una perspectiva antropológica sobre el cambio cultural y desarrollo: el caso del cuy en la Sierra ecuatoriana”, en *Constructores de otredad*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 222-233.
- BARLEY, N. (2001): *El antropólogo inocente*, Barcelona, Anagrama.
- BECKER, H. (2009): *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BECHER, T. (2001): *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*, Gedisa, Barcelona.
- BELLIER, I. (2008): «De lo lejano a lo cercano. Reflexiones sobre el pasaje de un campo exótico al campo de las instituciones políticas», en *De la etnografía reflexiva a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, pp. 53-73.
- BLOOR, D. (2003) *Conocimiento e imaginario social*, Barcelona, Gedisa.
- BOURDIEU, P. (1998): *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2008): *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. (1995): *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.
- BUCHBINDER, P. (2005): *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- CALLON, M. y LAW, J. (1998): «De los intereses y su transformación. Enrolamiento y contraenrolamiento». En *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Gedisa, pp. 51-61.
- CLIFFORD, J. (1995): *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa.
- CLIFFORD, J. (1999): *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa.
- COLLINS, R. (2002): *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, Belknap Press.
- COMESANA, M. (1994): “Investigación científica, debate epistemológico y diseño de formularios”, en *Razón, verdad y experiencia*, Mar del Plata: UNMdP, pp. 135-142.

- DESCOLA, P. (2005): Las lanzas del crepúsculo. Relatos jíbaros. Alta Amazonia, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- DOUGLAS, M. (1966): Purity and Danger. An analysis of concepts of pollution and taboo, London, Routledge.
- FOSTER, J. y otros (2015): "Tradition and Innovation in Scientists' Research Strategies", *American Sociological Review*, 80 (5), pp. 875-908.
- FURBANK, P. (2005): Un placer inconfesable o la idea de clase social, Buenos Aires, Paidós.
- GHASARIAN, C. (2008): "Por los caminos de la etnografía reflexiva", en *De la etnografía reflexiva a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, pp. 9-42.
- GEERTZ, C. (1994): Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas, Barcelona, Paidós.
- GEERTZ, C. (1997a): La interpretación de las culturas, Barcelona, Gedisa.
- GEERTZ, C. (1997b): El antropólogo como autor, Barcelona, Paidós.
- GIL, G. (2007): Hinchas en tránsito. Violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior, Mar del Plata, EUEM.
- GIL, G. (2010): "Ethnography among 'experts': Notes on collaboration and sabotage in the field", *Qualitative Research*, 10 (1), pp. 49-69.
- GIL, G. (2011): Las sombras del Camelot. La Fundación Ford y las ciencias sociales en la Argentina de los '60, Mar del Plata, EUEM.
- GLAZIER, S. (1993): "Responding to the anthropologist: when the spiritual baptists of Trinidad read what I write about them", en *When They Read What We Write. The politics of ethnography*, Westport, Bergin & Garvey, pp. 37-48.
- GLUCKMAN, M. (1989): "Introduction", en *Village on the Border. A social study of religion, politics and football in a North Wales Community*, Prospect Heights, Waveland, pp. 1-8.
- GODELIER, M. (2008): "Romper el espejo de sí", en *De la etnografía reflexiva a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, pp. 193-215.
- KNORR-CETINA, K. (2005): La fabricación del conocimiento, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- KUHN, T. (1977): The Essential Tension: Selected Studies in Scientific Tradition and Change, Chicago, University of Chicago Press.
- KUPER, A. (2001): Cultura. La versión de los antropólogos, Barcelona, Paidós.
- LATOUR, B. (2008): Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red, Buenos Aires, Manantial.
- LEACH, E. (1971): Rethinking Anthropology, London and Atlantic Highlands, Athlone Press.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1968): Antropología estructural, Buenos Aires, Eudeba.
- MALINOWSKI, B. (1935): Coral Gardens and Their Magic: A Study of the Methods of Tilling the Soil and of Agricultural Rites in the Trobriand Islands. Vol 2. The Language of Magic and Gardening, London, George Allen & Unwin.
- MALINOWSKI, B. (1967): A Diary in the strict sense of the term, New York, Harcourt Barce and World.
- MALINOWSKI, B. (1991): Crimen y costumbre en la sociedad salvaje, Barcelona, Ariel.

- MALINOWSKI, B. (2000): Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura ente los indígenas de la Nueva Guinea melanésica, Barcelona, Península.
- MERTON, R. (2002): Teoría y estructura sociales, México, Fondo de Cultura Económica.
- RUSCIO, K. (1986): “Bridging Specializations: Reflections from Biology and Political Science”, *Review of Higher Education*, 10 (1), pp. 29-45.
- VAN GENNEP, A. (2006): Los semisabios, Buenos Aires, Eudeba.
- VAN MANNEN, J. (1988): Tales of the Field: On Writing Ethnography, Chicago, University of Chicago Press.
- VISACOVSKY, S. (2005): “El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina”, en *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*, Bernal, pp. 271-313.